

Manuel Ossa B., S. J.
Profesor de Teología Fundamental
Facultad de Teología de la
Universidad Católica de Chile.

EL SACERDOTE EN EL MUNDO DE HOY

El sacerdote tiene a su cargo el anuncio de la Palabra de Dios. En apariencia, sería éste un encargo fácil: bastaría que el sacerdote aprendiese bien esta Palabra para que pudiese luego predicarla “a tiempo y a destiempo”.

Pero esta apariencia es engañosa. Porque asimila la predicación a un “recitado”, y la Palabra de Dios, a un poema compuesto por Dios sólo en palabras divinas “caídas del cielo” e inmutables como Dios mismo. Ahora bien, el estudio de la Revelación cristiana nos enseña que las Palabras de Dios no han caído del cielo, sino que se han formado en palabras humanas, brotadas de la tierra, enraizadas en una cultura, vibrantes con los afectos y coloreadas con la imaginación del escritor (1). La Palabra de Dios participa así de la suerte de las palabras humanas. Pero éstas cambian: algunas desaparecen, se crean nuevas, y las mismas se cargan con nuevos sentidos según se transforma la visión de sí mismo y del mundo que va teniendo el hombre de cada época. Tomemos la palabra “vehículo”. Ha significado siempre un artefacto que permite trasladarse de un lugar a otro de distinta manera que a pie. Pero el contenido de esta idea se ha enriquecido enormemente desde el tiempo de los reyes babilónicos que dotaban a sus ejércitos con carros

(1) “Las Palabras de Dios, expresadas en lenguas humanas, se han hecho semejantes al lenguaje humano”. “En la composición de los Libros Sagrados, Dios escogió a hombres, de los que se valió dentro del uso de sus fuerzas y facultades, de suerte que, obrando El en ellos y por ellos, consignaran por escrito, como verdaderos autores, todo aquello y sólo aquello que El quisiera”. “En la Sagrada Escritura habló Dios por medio de hombres a manera humana”. “Para averiguar la mente de los hagiógrafos hay que tener en cuenta, entre otras cosas, los “géneros literarios”. Efectivamente, de modo distinto se propone y se expresa la verdad en textos de varios modos históricos o en los proféticos, o poéticos, o en otros géneros literarios. Es menester, por tanto, que el intérprete inquiere el sentido que el hagiógrafo, en determinadas circunstancias, dada la condición de su tiempo y de su cultura, quiso expresar y expresó con ayuda de los géneros literarios a la sazón en uso. Y es así que, para entender rectamente lo que el autor sagrado afirma por escrito, hay que atender debidamente tanto a los modos nativos corrientes de sentir, decir, y narrar que vivían en los tiempos del hagiógrafo como a los que en aquella época se solían emplear en el trato mutuo de los hombres”. *Constitución sobre la Divina Revelación*, N° 13, 11, 12).

de caballos, temible arma de guerra en la época, hasta ahora cuando la misma palabra sirve para designar vehículos espaciales. La palabra humana comporta, pues, un "siempre" y un "ahora"; un siempre, que nos permite entender las historias babilónicas; un ahora, por el que nos entendemos como distintos de esos reyes. Este vaivén entre el "siempre" y el "ahora" califica a la palabra como "histórica". "Historicidad" es, en este sentido, la cualidad por la que, mediante el lenguaje, el hombre se entiende a sí mismo y a sus semejantes como el "distinto" y el "mismo" a lo largo del tiempo.

Si la palabra humana es "histórica" lo es necesariamente la Palabra de Dios que, como dijimos, no existe fuera de la palabra humana. Hay también en ella un vaivén entre "lo mismo" y "lo distinto". Por esto, quien tiene a su cargo el anunciarla, no puede contentarse con repetir siempre "lo mismo". Si lo hace, su palabra no sería ni de Dios ni del hombre. Sería un recitado que poco a poco llegaría a ser ininteligible como un mensaje en clave.

De esto fueron conscientes ya los mismos apóstoles. No sólo tenían que "traducir" las palabras de Jesús del arameo al griego, sino que debían trasponer su mensaje del universo mental israelita a la cultura helénica. Esta trasposición suponía—supuesto formidable por sus consecuencias— "que lo mismo", es decir, la Palabra de Dios enraizada en la cultura hebrea de Jesús y de la primera comunidad, tenía que hacerse "distinta"; y que este distinguirse, lejos de adulterar aquella Palabra, era la única forma posible para ella de permanecer la misma. Porque permanecer es, para toda la palabra humana, entrar en el flujo de la historia (2).

La velocidad a que fluye la historia no es sin embargo, uniforme. Durante largos períodos parece estancada. Pensemos en la civilización egipcia. De Menfis a Tebas las obras de arte y literatura tienden más bien a significar "lo mismo" que "lo distinto". Pensemos en la Edad Media: el flujo es más notable, pero la lentitud del cambio hace patente sobre todo su continuidad: dos bóvedas redondas al juntarse en ángulo recto hacen brotar la idea de la forma ojival; la ojiva aparece entonces como un quebrarse del arco de medio punto. Lo "distinto" no es apenas sino un accidente de "lo mismo". "Lo mismo" evoluciona sin rupturas.

Hoy el flujo de la historia se hace vertiginoso. Su rapidez acentúa "lo distinto" que aparece en cada recodo como una novedad casi sin precedentes. La imagen del mundo cambia y cambia también el lenguaje que la expresa. ¿No ha de influir este cambio y su velocidad en la traducción y transmisión de la Palabra de Dios? ¿Y no ha de modificar, por consiguiente, la tarea del sacerdote?

Quisiéramos, pues, estudiar en este artículo los requerimientos que la actualidad histórica plantea al sacerdote como encargado de la Palabra de Dios. Para hacerlo, será necesario bosquejar, aunque sea a grandes trazos imperfectos, la imagen del mundo, de la sociedad y de sí mismo que va teniendo el hombre de hoy. Cada uno

(2) Es lo que señala la *Constitución sobre la Divina Revelación* en el N° 8 al hablar de la tradición: "esta tradición, que viene de los apóstoles, *progres*a en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo, como quiera que *crece la inteligencia* lo mismo de las cosas que de las palabras transmitidas, ora por la contemplación y estudio de los creyentes que las meditan en su corazón, ora por la íntima inteligencia que experimentan de las cosas espirituales, ora por la predicación de quienes a par de la sucesión del Episcopado, recibieron el carisma cierto de la verdad. Es decir, que la Iglesia, *en el correr de los siglos tiende a la plenitud de la verdad divina* hasta que en ella se consumen las palabras de Dios".

de estos rasgos, y el conjunto de ellos, será una llamada a tomar en serio la historicidad de la palabra de Dios a nosotros confiada.

I. EXPLICACION CIENTIFICA

La imagen del mundo está hoy descrita en términos científicos. ¿De dónde viene la ciencia y qué nos hace ver?

UN MUNDO EXPLICADO.

El hombre hace preguntas no simplemente por un afán de saber desinteresado, sino con el fin de situarse eficazmente en el mundo, es decir, para actuar sobre él dominándolo y haciéndolo servir a su propia vida y convivencia social. Generalmente, pues, la pregunta del hombre que pide explicación parte de una situación inconfortable: tiene él una necesidad que no puede saciar, un límite que experimenta precisamente porque ansía franquearlo, una cosa que desea y a la que no puede llegar por desconocer los caminos de acceso. La ignorancia es una barrera que le impide obtener lo que desea.

El hombre de otros tiempos, al no poder franquear la barrera de su ignorancia se resignaba a limitar sus deseos. A la ignorancia teórica correspondía una resignación práctica. Muchas veces el derivativo de la ignorancia y de la resignación era la proyección del deseo en un mundo superior: el del misterio. De este mundo del misterio esperaba el hombre como regalo lo que no había podido conseguir con su propio esfuerzo. De aquí surgió un cierto tipo de magia y de religión.

En nuestro tiempo, en cambio, el hombre no se resigna a quedarse sin las cosas que desea, porque ha descubierto en sí un *poder* capaz de crecer quizás indefinidamente, correspondiente a una capacidad cada vez mayor de entender y de explicárselo todo.

Así, por ejemplo, no se satisface ya con una "explicación" religiosa de los orígenes. En efecto, el desarrollo de las ciencias físicas, químicas, biológicas cuyos resultados son convergentes con los de la paleontología muestra una concatenación bastante seguida de antecedentes y consecuentes puramente físicos en que no parece haber lugar para una ruptura cualitativa producida por un agente exterior a este mundo. De la unión de los átomos resultan las moléculas: de éstas, en determinadas condiciones, las células vivas: de la complejización de los compuestos celulares van resultando los vivientes inferiores y superiores, a través de infinidad de tanteos y de "fracasos". Ningún científico de hoy está en desacuerdo con este encadenamiento. Por otra parte, los actuales estudios bíblicos, deudores de nuevos métodos de investigación histórica y literaria, muestran hasta qué punto las representaciones de los orígenes del hombre, tal como se cuentan en la Biblia, son dependientes de una cultura precientífica de la humanidad. Al hombre de hoy se le presenta entonces la pregunta: ¿cómo y por qué creer en las afirmaciones bíblicas *más bien que* en las afirmaciones de los hombres de ciencias contemporáneos? La pregunta así planteada presupone que hay que elegir entre ambas representaciones, como si ambas se encontrasen en un pie de igualdad, como si ambas se refiriesen a la misma realidad. De ahí el conflicto entre ciencia y religión.

Igual cosa sucede cuando se trata del problema del *fin*. El fin del mundo —el fin de la especie humana, la degradación de la energía en sectores del universo como nuestro planeta— aparece hoy a los ojos de nuestros contemporáneos como un problema físico-químico y biológico, y no como un problema religioso.

Saquemos una conclusión provisoria: no se puede hoy hablar del origen y del fin del mundo en un sentido religioso con la ingenuidad del que ignora que el problema se plantea también en términos científicos, y de bien distinta manera. En otras palabras: no podemos identificar sin más a Adán —origen religioso de la humanidad— con el primer grupo o individuo que tuvo la suficiente capacidad craneana, a juicio del científico, para poder comportarse como un hombre. Tenemos que renunciar definitivamente a encontrar el equivalente científico de nuestro Adán bíblico. Pero es necesario también, por otra parte, que sepamos situar y justificar el lenguaje religioso que habla de Adán como el origen de la humanidad. Por el otro extremo del tiempo: tenemos que renunciar a identificar la Parusía o la segunda Venida del Señor, el día de su Revelación, el día del Juicio con la fecha aproximada que los científicos puedan calcular para la extinción de la especie humana.

En este sentido, al modificar nuestra imagen del mundo, de su origen y de su fin, la ciencia critica nuestro lenguaje, y, por lo mismo, nos hace padecer, como hombres religiosos, una suerte de purificación. Ella nos divide, en un primer momento: pues creíamos poseer en la religión la clave de todos los enigmas; Dios nos servía de “explicación” científica, y, por ende, nos ahorra el trabajo y el gozo de la búsqueda humana —pesada, laboriosa, exigente, responsable— de nuestra explicación: aquélla que nos permite tener un dominio sobre las cosas y el mundo. Pero, en un segundo momento, habremos de reconocer que la ciencia nos ha prestado un servicio: el de hacernos posible la búsqueda de una imagen más que nunca elevada de Dios; el de hacernos caer en la cuenta de que nuestro “Dios-explicación” era todavía una imagen muy pobre de él. Más aún, que Dios es tanto más Dios a nuestros ojos, cuanto más lo concebimos como un Ser capaz de crear un mundo verdaderamente distinto de El, y, por consiguiente, un mundo en que el hombre, en cuanto distinto de Dios, busque una explicación y un poder, apoyándose en toda la solidez, la consistencia, la autonomía de la creación. En un tercer momento tendremos que reconocer que, en ese mismo mundo distinto de Dios, Dios se revela como el fundamento último de toda su consistencia.

EL HOMBRE EN EL MUNDO.

La ciencia modifica también la imagen que el hombre tiene de sí mismo. Gracias al descubrimiento de las leyes genéticas el hombre se sabe hoy más nunca dueño de su vida en ese acto fundamental que es la transmisión de la vida. Ya no es posible hablar ingenuamente de “todos los hijos que Dios mande”, porque el hombre puede regular el número de los hijos que quiere tener; él sabe que no es Dios quien manda lo que a El le ocurra sino que el hombre está íntima y conscientemente ligado con Dios en este enviar hijos al mundo, en este continuar la especie y la corriente vital. Vendrá quizás un día en que el hombre pueda intervenir también de alguna manera en la calidad de la herencia biológica que él transmita a sus hijos.

Los avances de la psicología empírica hacen que la imagen que el hombre tiene de sí mismo adquiera hoy una nueva dimensión en profundidad. Las "virtudes" o los "vicios" no aparecen sólo como comportamientos morales, dependientes sencillamente de la libertad; sino como el aflorar de una cantidad de pulsiones inconscientes pero científicamente discernibles —herencia, glándulas, funcionamiento nervioso, conflictos de la primera infancia, etc.— la libertad no crea estos condicionamientos sino los supone y puede darles una dirección. De ahí que no baste predicar la moral para obtener un comportamiento virtuoso. Será necesario tomar en cuenta este nuevo poder y saber que el hombre adquiere de sí mismo. Si no lo rechazamos como amenaza para nuestra imagen religiosa del hombre, si no seguimos pensando que quitamos a Dios todo aquello que conquistamos en el mundo o en el hombre (3), tal vez nos sea posible obtener una nueva comprensión de la orden que Dios diera al hombre de dominar el mundo. Veríamos en efecto que este dominio del mundo se extiende hasta las profundidades corporales y los condicionamientos materiales de la actividad del hombre como espíritu.

Pero la ciencia no sólo profundiza la imagen del hombre por así decirlo hacia adentro, sino que la amplía y la expande. Un signo de esto es la extraordinaria ampliación de su cerebro, de su capacidad de calcular, que le viene de la invención de los computadores electrónicos. Para construir camiones necesitaba cálculos relativamente sencillos de resistencia de material, de velocidad óptima de su máquina, de la calidad de los caminos que ella recorrería. Pero para enviar navíos al espacio la cantidad de datos y de variables que entran en juego es tan fabulosa que una mente humana pasaría una vida entera antes de lograr realizar una mínima parte de los cálculos necesarios. El hombre de hoy lo consigue, y siente por ello que su inteligencia se ha agrandado de manera inconmensurable con respecto a la del hombre de hace treinta años.

Otro dominio en que el horizonte del hombre se amplía es el de la historia. Y se amplía no sólo temporalmente —como cuando aprende que el hombre lleva un millón setecientos mil años de vida sobre la tierra— sino cualitativamente: porque vive una historia abierta hacia la variedad de las culturas pasadas. Sabe aprovecharse de las intuiciones que sobre su condición humana han tenido los individuos y grupos a lo largo de la historia, por una parte, pero también sabe, por otra, relativizar la imagen del mundo que las diversas culturas le dan. Así, el hombre de hoy no cae en la tentación de absolutizar ninguna de las conquistas de su propia cultura; las ve sólo como la solución práctica a los problemas que *hic et nunc* el mundo le plantea. Signo de esto es la apertura de la cultura occidental hacia otras visiones del mundo como las que ofrecen la India y la China. Esta relativización de las culturas, y de la propia imagen cultural, trae consigo un cambio en la apreciación de la verdad religiosa. Pues la religión supone y requiere una relación con algo absoluto, con el Absoluto de Dios. Este Absoluto de verdad y de bien implica un absoluto humano de doctrina y de moral. ¿Cómo compaginar este absoluto con la relatividad de las situaciones históricas?

(3) "Los cristianos, lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios y que la criatura racional pretenda rivalizar con el creador están por el contrario persuadidos de que las victorias del hombre son signos de la grandeza de Dios y consecuencias de su inefable designio". (*Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy* N^o 34).

Personas religiosas formadas hace 30 años tendían a categorizar todas las situaciones en función de doctrinas y de normas aprendidas, de las que habían hecho la meta de sus vidas. Ahora la actitud del espíritu es predominantemente crítica. El hombre de hoy desconfía de todas aquellas normas que le eviten el trabajo y la responsabilidad de examinar por sí mismo situaciones complejas e inéditas. Siente la necesidad de volver a formular normas y doctrinas en función de la actual imagen del hombre y del mundo. No significa esto que el hombre de hoy haya perdido el ansia y la capacidad del Absoluto. Pero este absoluto no se lo puede ya imaginar como una norma o doctrina detenida y estática, sino como un dinamismo propulsor, como un valor de futuro, que haga del hombre el creador de su propia historia.

La ciencia determina, pues, la imagen que el hombre tiene hoy de su mundo y de sí mismo.

Antiguamente la religión, consagrando espacios y tiempos, daba al hombre la seguridad que anhelaba en medio de la caducidad (espacial) y de la fugacidad (temporal) de su mundo. Actualmente la ciencia "sitúa" al hombre en el mundo. La religiosidad del hombre de hoy no puede pues, apuntalarse con "seguridades" inmediatas. Si la religión ofrece una situación u "orientación" absolutas, hay que buscarlas más allá, en una relación con Dios mucho más profunda, interior y personal.

Por otra parte, el hombre de hoy se capta a sí mismo no como una naturaleza ya hecha y determinada, como la de los animales, ni siquiera como el esbozo de una obra cuyo plan y modelo estuvieran ya fijados de antemano y para siempre en algún lugar, o en lo que se imagina ser el eterno designio divino. El hombre de hoy se capta como un ser que se hace a sí mismo, que se inventa a sí mismo a cada paso y que, para autorrealizarse en el mundo y en la comunidad, no puede guiarse según normas preestablecidas en detalle, sino a partir de un centro muy íntimo e inalienable de decisiones y según un proyecto personal. Aceptará las normas en la medida en que le aparezcan como la mediación que le permite integrarse en una comunidad de personas. Y serán normas que él mismo deberá personalizar, interiorizar y volver a crear por su cuenta.

II. HOMBRE Y SOCIEDAD CONTEMPORANEA

Todo lo que llevamos dicho no es producto de la reflexión de hombres aislados, sino reflejo en la conciencia de los individuos del inmenso mecanismo que el hombre ha puesto en marcha al organizar la convivencia social en el mundo contemporáneo.

En el mundo antiguo la convivencia obedecía al esquema simple del encuentro de individuos. Los individuos se encontraban con ocasión del intercambio de sus obras y creaciones. Pero durante largo tiempo estas creaciones humanas estuvieron marcadas preferentemente con el sello del individuo: hombres geniales, artistas, legisladores, filósofos, se expresaban a sí mismos en sus obras. Es cierto que obras colectivas como la Acrópolis de Atenas o las catedrales góticas expresaron también a toda una comunidad. Pero aunque las ideas ateniense o gótica, con todo el trasfondo cultural que las sostenía, lograron una cierta universalidad (restringida al occidente europeo) no produjeron la conciencia de un mundo en que todos trabajan en una obra común. Cada ciudad o pueblo reproducía de nuevo para sí la idea gótica en su propio muni-

cipio, capilla o Catedral. Pero su obra no era exportable, y los materiales de su construcción no venían de fuera sino de sus propias canteras.

Hoy, en cambio, la ciencia, la técnica y la industrialización, no sólo aportan una "idea" universal, sino que hacen depender al trabajador de cada mina o fábrica de un complejo juego de exportaciones e importaciones. Cada centro industrial es un cruce de caminos del que parten y al que confluyen las influencias múltiples de un mundo. Por esto la creación del hombre contemporáneo es la creación de un hombre que se ha universalizado verdaderamente en las cosas que él crea. Así, gracias a esta universalización, todos los hombres se reconocen hoy en expresiones objetivas de sí mismos que a todos les son comunes. La industria, hija de la ciencia y de la técnica, es el producto de un hombre socializado.

No es pues casual, ni juego de meros determinismos materiales dentro de la historia, que el *problema social* haya surgido precisamente en el mundo de la civilización técnica e industrial. En efecto la conciencia de vivir oprimidos no proviene meramente del agravamiento contemporáneo de la explotación del hombre por el hombre; pues explotaciones tan graves como la que comenzó en el siglo XIX, y aun más graves, ya habían aparecido antes en la historia. Se trata más bien de que por primera vez el trabajador explotado tuvo ante sí claramente la imagen de su propio *valor*, al verse transformado por su trabajo en un ser "universal"; al ver, en otras palabras, que su trabajo estaba creando una nueva sociedad común a todos los hombres, sociedad internacional. Sólo frente al valor universal del que tomaba conciencia por primera vez, pudo darse cuenta también agudamente de la desmesura de la opresión e injusticia de que era objeto.

Poco después y en virtud de la misma dialéctica brota en nuestra sociedad el *problema colonial*, que es la reproducción a escala internacional del problema social. Los pueblos colonizados se dan cuenta de su situación de injusticia en el mundo actual, en el momento en que, gracias a la industrialización —primaria todavía— comienzan a entrar en el flujo de la vida urbana, y por ella, en el del de la vida internacional.

SOLIDARIDAD Y REVOLUCION.

Surge así, del seno de la civilización técnica e industrial, una conciencia caracterizada por la persuasión de la igualdad y por consiguiente de la solidaridad de todos los hombres. Pero como es ésta una igualdad sólo de derecho, que se ve de hecho contradicha por la opresión de unos hombres por los otros, la solidaridad va a jugar como fuerza y dinamismo que tiende a dar vuelta la situación injusta. Surge así la conciencia de vivir en una época de revolución o de recodo en la historia. Una concreción histórica de esta conciencia es el comunismo marxista-leninista. No era la única posible, pero ha sido de hecho la más poderosa. Y no es casual ni arbitrario que el marxismo se apoye en la ciencia y en la técnica, pues la imagen del hombre internacional —bandera del comunismo—, brota naturalmente, como lo vimos, de la revolución científico-tecnológica e industrial. La solidaridad de todos los hombres aparece, pues, en nuestros días, no simplemente como un dato sino como un quehacer histórico: como el quehacer de un cambio y de una revolución, que ha de dar una expresión social e internacional *de hecho* a la universalización del hombre que ya está produciendo la técnica.

La conciencia de recodo (o de revolución) histórico y de solidaridad humana son, pues, dos aspectos de la conciencia que el hombre adquiere de sí mismo en la sociedad contemporánea. Y es necesario captar estos dos aspectos simultáneamente a través de sus múltiples manifestaciones.

DE LA SOCIEDAD ESTÁTICA A LA SOCIEDAD DINÁMICA.

La manifestación más notable de esta conciencia de recodo histórico es, tal vez, el paso de una sociedad cerrada y estática a una sociedad abierta y dinámica. De una sociedad dividida en clases sociales con límites bien precisos y en que el tránsito de una clase a otra era casi imposible, pasamos a una sociedad en que los límites de las clases sociales se borran y se establece un trasvasijo y circulación cuyo ritmo se acelera. De una sociedad en que la iniciativa privada tenía la preponderancia en la economía, pasamos a otra en que la iniciativa privada se inserta en una compleja red de relaciones que tiene que estar regulada por el Estado. De una sociedad preferentemente rural pasamos a una sociedad organizada a base de la pequeña unidad pueblerina, y de ésta, nos encaminamos rápidamente a una sociedad urbana e industrial. De una sociedad en que cada nación reclamaba su independencia y creía bastarse a sí misma, pasamos a un mundo que se organiza cada vez más a escala internacional e intercontinental.

NUEVAS POSIBILIDADES PARA LA LIBERTAD (4).

En una sociedad cerrada y estática —como un fundo o un pueblo— la posibilidad de intercambiar ideas o de relacionarse socialmente era muy limitada. Todo el mundo conocía la vida de todo el mundo, no existía separación entre la vida pública y la vida privada. Pero este contacto estrecho de todos con todos no ampliaba los horizontes culturales ni ofrecía posibilidades mayores de opción a las libertades de los individuos. Al contrario. En una sociedad cerrada, todo el mundo tiene que pensar como todo el mundo; o, de no ser esto así, a escala de la sociedad toda entera, lo es a escala de los grupos dentro de la sociedad, que se vuelven grupos cerrados e intolerantes: los masones tratan con los masones —es decir con los que piensan como ellos—; y los católicos hacen otro tanto; entre ambos grupos no hay comunicación sino hostilidad; pasar de un grupo a otro en esta sociedad equivale a una desertión, que es anatematizada por el grupo que se abandona y vitoreada como triunfo por el grupo al que se pasa.

En una sociedad abierta y dinámica —cuya imagen es la de la gran ciudad— la vida de cada cual depende de muchas más personas que en una sociedad pueblerina. El hombre de la ciudad se encuentra diariamente con cientos de personas. El trato con ellos —trato comercial por ejemplo— es ciertamente mucho más superficial y está marcado con el sello del profesionalismo. Algunos se quejan del anonimato de las grandes ciudades. Pero lo que sucede en realidad es que el hombre de la ciudad

(4) Ver los análisis sugestivos de HARVEY COX, *The Secular City* (The Macmillan Company, New York, 1965) sobre todo el capítulo II.

distingue —y exige que los demás distingan— entre su vida pública y su vida privada. Con mucho mayor cantidad de opciones posibles para organizar su vida y para elegir sus amigos, el hombre de ciudad puede cerrar su puerta a quien le parezca y puede buscarse su propio círculo de convivencia íntima. No desaparece la relación personal con los otros hombres; pero ésa no es una relación constreñida por el vecindario o por la estrecha vida en común del pueblo sino una relación libre; el hombre, creador en el dominio de la técnica se crea también sus propias relaciones sociales, se busca sus amistades. Y puede hacerlo más fuera del círculo cerrado que su propia familia le habría señalado.

MOVILIDAD Y LIBERTAD.

Los medios de comunicación nos abren a otros horizontes culturales e ideológicos que aquéllos a los cuales estábamos acostumbrados por nuestra educación de infancia. Y toda ampliación de horizontes, todo nuevo conocimiento, es a la vez una adquisición y una amenaza. *El libro de Marco Polo* produjo en el siglo XIII una extrema conmoción en los medios cultos porque abría los horizontes de la sociedad cerrada de la Edad Media hacia otras culturas y otras religiones que las consabidas. Pero esta conmoción fue absorbida rápidamente por los teólogos que explicaron las similitudes y diferencias de budismo y cristianismo, por ejemplo, con razones que bastaron para contrabalancear el desequilibrio amenazador momentáneamente producido por las narraciones de Marco Polo. Pero Marco Polo era un viajero aislado. En cambio, cuando en el siglo XVII un gran número de personas se puso a viajar y a conocer nuevos mundos, entonces las explicaciones dadas por quienes querían defender los valores tradicionales en una sociedad todavía bastante cerrada ya no fueron capaces de contener el flujo de las ideas nuevas; y la ampliación de los horizontes significó una revolución cultural e ideológica. Fueron los filósofos franceses y alemanes de la Ilustración los que sacaron las consecuencias de esa revolución, y los que comenzaron a esbozar los lineamientos de un mundo “pluralista”, es decir, un mundo en que conviven diversas ideologías intercambiando sus valores. Sin embargo, los viajes del siglo XVII fueron el privilegio de sólo unos pocos —los misioneros, los comerciantes, los conquistadores, los letrados—. Hoy, en cambio, todo el mundo viaja desde su casa: y le basta para ello sentarse ante su aparato de televisión o su radio o desplazarse hasta la esquina para ver una película. Todo el mundo tiene una capacidad casi ilimitada de ampliar sus horizontes, de conocer cosas y mundos nuevos, de oír opiniones diversas. Y esta realidad es una “amenaza” para las concepciones tradicionales en la medida en que éstas son estáticas, cerradas, intolerantes, deudoras en suma de una sociedad ya fenecida. Pero es también una posibilidad ofrecida a la libertad de elección de cada cual, en la medida en que precisamente se abre ante cada uno un campo más vasto y una mayor cantidad de objetos entre los que puede elegir. Y por objetos entendemos objetos materiales —zapatos, automóviles, dentífricos, variedades de sopas y de paños— y objetos espirituales y culturales como ideologías y visiones del mundo.

Se acrecientan estas posibilidades ofrecidas a la libertad de cada cual por la inmensa movilidad que caracteriza a nuestra civilización. Por motivos de trabajo o de descanso, el hombre de hoy puede desplazarse con gran facilidad y a poco precio, y

cambiar así de ambiente y de horizonte físico y espiritual. El hombre de campo no sólo oye hablar de la ciudad sino que ya ha ido a ella, ha visto sus luces, cines, mercados y facilidades. Y vuelve deslumbrado a su pueblo. Juega así el efecto de "demostración" del que hablan los sociólogos. Y este efecto condiciona, junto con los otros de que hemos hablado, el fenómeno contemporáneo de la "emigración" de unos países a otros, del campo a la ciudad.

Existe pues, hoy mucho más que antes, una inquietud y una movilidad espiritual que empuja a los hombres a salir de sus propios círculos estrechos de posibilidades materiales, relaciones sociales, ideas culturales y religiosas, comportamientos morales. Las posibilidades abiertas a la libertad han acrecentado el deseo que todos los hombres tienen de una libertad real: libertad de elegir su trabajo, sus amistades, sus círculos, sus ideologías.

Y este deseo no juega solamente en el sentido de una mayor posibilidad de adquirir, pasivamente, mayor número de bienes de todo orden, sino en el sentido de contribuir, activamente, a la tarea común. Se advierte esto sobre todo en los medios universitarios y trabajadores, que son tal vez los más representativos de la conciencia contemporánea. Son ellos los que más se preocupan, al menos idealmente, de los problemas del subdesarrollo en el mundo y de cualquier amenaza en contra de la paz y de la libertad intercontinental. Se dan cuenta, en efecto, de que viven en un mundo en que las opciones de cada cual repercuten inmensamente en el organismo social, y que todos son responsables de la solidaridad creciente que se está creando entre las clases sociales, las razas y las naciones.

EN AMERICA LATINA

La conciencia de cambio, de recodo o de revolución tiene rasgos propios en América Latina. No sólo porque los cambios urgen más que en países desarrollados y atañen a un número mucho mayor de personas, sino sobre todo porque es más difícil prever su dirección. En efecto, en otros pueblos, los cambios, por muy profundos que sean, aparecen más bien como modificaciones accidentales de una realidad ya sólidamente arraigada, de una identidad cultural ya configurada y expresada suficientemente en obras artísticas, creaciones literarias, sistemas legales y jurídicos, instituciones diversas. Cada cambio tiene allí raíces hondas. En América Latina, por el contrario, se tiene la impresión de que el suelo cultural, jurídico, institucional es mucho más delgado. Casi hay que crearlo junto con lo que se va a plantar en él. Cualquier modo de convivencia, cualquier ideología, cualquier forma de arte, cualquier religión o ninguna parece convenir a muchos. Con tal que sea "revolucionaria". Si en todas las épocas se advierte la reacción de las jóvenes generaciones contra las antiguas, se puede pensar que esta reacción será en América Latina tanto más fuerte cuanto menos importante, menos rico y menos sólido aparecerá ante las nuevas generaciones el legado de las antiguas.

¿Qué dirección tomará en particular la religión cuando, de aquí a pocos años, una gran cantidad de personas, hasta ahora casi iletradas, vayan teniendo acceso a la cultura básica, media y superior; y cuando los medios de comunicación social se orienten decididamente hacia esas masas? ¿Podrán los pastores seguir contando por mucho tiempo con las expresiones más exteriores de la religiosidad popular? ¿No es

de prever que toda esta expresividad religiosa aparecerá pronto ligada con las formas culturales menos vivas y menos aportadoras del pasado, y que en su reacción y, sobre todo, en su ansia de abrirse a las mil posibilidades nuevas que se les ofrecen, las nuevas generaciones abandonen, junto con esas formas religiosas, la religión misma?

De allí la necesidad de buscar en la corriente misma de los cambios actuales, los rasgos en que ya se dibujan las "preparaciones evangélicas". Pues el cristianismo no está definitivamente ligado con ninguna cultura: está eso sí ligado con la verdad, la autenticidad, la justicia, la bondad. Y estos valores están presentes también en los remolinos de la situación actual. Se trata de buscarlos y, si es necesario, de purificarlos y elevarlos, es decir, de hacerlos llegar hasta ese grado de madurez y de aspiración espiritual en que se puedan abrir al don de la Revolución de Jesucristo.

III. EL SACERDOTE EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

La imagen que el hombre tiene de sí y de su mundo está, pues, marcada por la ciencia y la socialización. La medida variable en que esta imagen sea compartida por el latinoamericano que vive en diversas latitudes, dependerá del mayor o menor grado de industrialización de cada región o país. Pero este bosquejo, aunque incompleto, señala para todos la dirección de un proceso irreversible. Entre estas coordenadas se hallarán las condiciones que, en el futuro, requerirán a la libertad de opción de la gran mayoría de los latinoamericanos. Constituirán ellas el punto de referencia cultural presupuesto en nuestra época a la comprensión de los valores religiosos. El anuncio y la predicación del Evangelio no podrá ignorarlo. De lo contrario, el Evangelio "no dirá nada" al hombre de hoy y del futuro; no tendrá significado alguno para su propia vida; será una palabra "ahistórica", especie de objeto de museo o de cinta magnética en que se halla grabada una lengua ininteligible.

Pero, la "imagen del mundo" y de sí mismo que tiene el hombre de hoy no es solamente, si se la mira con los ojos de la fe, una pre-comprensión "profana", a la que vendría a "agregarse" la comprensión del Evangelio, sino una precomprensión ya trabajada, tal vez anónimamente, por el Verbo y su Espíritu para abrirse a la revelación del Padre. En las diversas expresiones de nuestra época, el hombre va diciendo su ser y su proyecto histórico y en el fondo de este proyecto se encuentra arraigada una semilla que Dios mismo ha sembrado, una aspiración profunda por la que el hombre busca a su Dios. Así, a medida que el hombre se comprende y se expresa a sí mismo, de manera siempre novedosa, a medida que el hombre se proyecta a sí mismo para el futuro con trazos cada vez más firmes, Cristo también se levanta en la historia de la humanidad.

"ANUNCIA LA PALABRA".

La Palabra que el sacerdote tiene a su cargo se encuentra, pues, con otras palabras humanas. Estas últimas tratan de la vida —biología—, del mundo —cosmología—, del hombre —antropología—. Las matemáticas las han hecho manejables y prácticas. Ayudan así al quehacer humano. Por esto el hombre las considera, y con razón, verdaderas.

La Palabra confiada al sacerdote ¿viene a competir con estas palabras humanas? No. Porque la Palabra de Dios no trae una demostración ni una explicación de este mundo. Dios ha confiado al hombre la tarea de buscar, con su inteligencia, dicha explicación. Cuando se ha querido buscar una explicación científica en la Palabra de Dios, se ha rebajado esta Palabra y, al mismo tiempo, se ha debilitado la idea del hombre y la consistencia de las cosas. Porque se ha concebido entonces la acción de Dios como una irrupción que viene a cortar la concatenación de antecedentes y consecuentes físicos, químicos, biológicos, psicológicos como si Dios actuara de manera episódica en este mundo como una fuerza contraria a la gravedad, o a la reproducción celular, o a la energía atómica, Dios es rebajado al nivel de una fuerza de la naturaleza, y de la naturaleza pierde así su autonomía y su seriedad.

La Palabra de Dios, no es, pues, "explicación" sino "anuncio de la salvación" (5). No viene a interrumpir o a ayudar *desde afuera* al hombre ocupado en su quehacer científico, técnico, político, sino a revelarle el sentido íntimo de su tarea en el mundo, el fundamento de su acción, la proyección hacia un futuro no mundano —absoluto— que esta acción posee. Viene, pues, a interpelar al hombre como espíritu y a despertarlo a ésta su vocación propia, de tal manera que no se deje acaparar por las cosas, perdiendo el sentido de su búsqueda; que no se deje encerrarse en sus instintos de goce y de dominio los resultados maravillosos a los que le ha llevado su ciencia y su técnica. Viene a decirle que él es amado entrañablemente por el único ser cuyo amor no decae ni se arrepiente, y a pedirle que deje pasar todo lo que pueda de amor a través de su palabra y gestos, desde los más mínimos de su vida individual y familiar hasta los más amplios de su acción en el mundo, porque "todo el que ama viene de Dios" y va a Dios.

SERVIDOR DE LA IGLESIA POR AMOR DE LOS HOMBRES.

Ante un mundo que se unifica en el respeto, el diálogo, la solidaridad, el ansia de la justicia y de la libertad; un mundo que, sin embargo, sigue dividido por las guerras y los odios, los prejuicios y las desconfianzas, la Iglesia se ha definido como "el signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano" (6). Sirviendo a esta Iglesia y asumiendo su misión, el sacerdote sirve a la comunidad humana, y la sirve en aquello que constituye el núcleo de sus aspiraciones.

Su ministerio no consistirá, pues, en construir bastiones ni grupos cerrados dentro de la sociedad actual que se abre y se dinamiza. Tendrá dentro de la Iglesia la misión de abrir horizontes y de favorecer la libertad con que cada cual puede llegar a abrirse a la fe. Si los cristianos tienden a replegarse y a evadirse del mundo, si como cualquier grupo humano miran con recelo "hacia afuera" y quieren guardar para ellos solos la seguridad de su salvación, el sacerdote tendrá entonces que denunciar ese estrechamiento de visión y de generosidad como producto del pecado, y anunciar nuevamente que Cristo vino a destruir todas las barreras que separan a los hombres, sean éstas de raza, cultura o religión. Si los cristianos, entusiasmados con una "ideología",

(5) "Por la Divina Revelación quiso Dios manifestarse y comunicarse a sí mismo y los eternos decretos de su voluntad acerca de la salvación eterna de los hombres". (*Constitución sobre la Divina Revelación*), N° 6).

(6) *Constitución sobre la Iglesia* N° 1.

aun "inspirada" en el cristianismo, tienden a confundirla con el Evangelio de Cristo y a imponerla por la presión, el juego político, la fuerza o el ataque, el sacerdote habrá de precaverse a sí mismo de esta tentación, y habrá de recordar a todos que sin libertad no hay cristianismo que valga (7).

Tendrá también la misión de unificar a la comunidad que vivirá, cada vez más tal vez, dispersa por el mundo. Lo hará por el anuncio de la Palabra de Dios que brota de la Eucaristía y que conduce a ella: Palabra y Eucaristía que reúnen a la comunidad en el Espíritu Santo, no para separarlos del mundo, sino para dar gracias al Padre por el mundo, a través de Jesucristo; y para significar y realizar ya en el misterio aquella consumación a la que el mundo tiende y que Dios le tiene prometida por la Resurrección y la Segunda Venida del Señor.

PALABRA DE DIALOGO.

La palabra del sacerdote define, pues, lo más esencial de su misión (8). Colabora así con el Magisterio de la Iglesia. ¿Se trata de una enseñanza cerrada, inmóvil, impartida desde una alta cátedra en la que el que enseña nada tiene que aprender? No. Sino de una palabra de hombre, sometida y servidora con respecto a la Palabra de Dios (9). Son palabras humanas que se han definido a lo largo de las épocas, no para encerrar el saber, sino para decir con claridad las implicaciones que la Palabra de Dios va teniendo para los interrogante nuevos que brotan de una imagen del mundo en evolución continua. Palabras humanas que, por consiguiente, no siempre enseñan de manera definitiva, sino con la humildad de quien todavía busca, porque no tiene prontas todas las respuestas (10).

Y en esta búsqueda, todos colaboran, porque en todos habla el Espíritu Santo: habla en los creyentes con palabras explícitamente referidas al misterio de Cristo (11); habla también, de manera más velada pero no menos real, en todos los hombres, porque en todos han sido diseminadas "semillas del Verbo" (12) y en todo lo bueno y verdadero que entre ellos se da se encuentran "preparaciones del Evangelio" (13). El sacerdote deberá, pues, leer la Palabra de Dios en dos libros —el de la Escritura y el del mundo— y deberá aceptar que otros hombres le enseñen las mil armonías con que el mismo Espíritu de Dios prepara y enriquece su Palabra. Sólo así podrá ser auténticamente servidor de la Palabra y servidor de los hombres (14). Sólo así podrá reconocer seriamente aquella "verdadera igualdad que entre todos se da en lo referente a la dignidad y a la acción común de todos los fieles para la edificación

(7) *Declaración sobre la libertad religiosa*, N.os 4, 10 y 14.

(8) Cf. *Decreto sobre el ministerio y vida de los Presbíteros*, N° 4.

(9) "Este Magisterio (de la Iglesia) no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio" (*Constitución sobre la Divina Revelación*, N° 10).

(10) "La Iglesia . . . sin que siempre tenga a mano respuesta adecuada a cada cuestión, desea unir la luz de la revelación al saber humano para iluminar el camino recientemente emprendido por la humanidad" (*Constitución sobre la Iglesia en el mundo de hoy*, N° 33).

(11) Cf. *Constitución sobre la Divina Revelación*, N° 8; *Constitución sobre la Iglesia*, N° 12.

(12) Cf. *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia*, N° 15.

(13) Cf. *Constitución sobre la Iglesia*, N° 16.

(14) Cf. *Decreto sobre el ministerio y vida de los Presbíteros*, N.os 2, 3, 4 a 6, 9.

del Cuerpo de Cristo" (15). Sólo sirve de veras aquél que no se estima poseedor absoluto de la verdad, sino que en su búsqueda se deja ayudar también por otros, sabiendo que a todos viene Dios a ayudar.

LAS TRIBULACIONES DEL MINISTERIO

Una última palabra de realismo que no desentona al lado de la palabra de esperanza: porque nuestro realismo es el de la Cruz de Cristo, Cruz de Resucitado.

En un mundo que cambia tan vertiginosamente, el sacerdote sentirá más vivamente que antes la dificultad de su ministerio. Dificultad de darse a entender ante hombres que persisten en identificar a la Iglesia con la figura que ella tuvo en el pasado y que la creen incapaz de aportar al hombre de hoy una palabra que le interese. Asociado con esta imagen de la Iglesia, el sacerdote participará del repudio de que ella es objeto. O, si logra presentarse a sí mismo en forma más auténtica como un hombre abierto al mundo, se lo disociará muchas veces del mensaje que él desea anunciar. Otras veces la dificultad vendrá de que grupos humanos aún no llegados a la conciencia plena de sí mismo y del mundo en que viven seguirán exigiendo del sacerdote comportamientos y prestaciones con las que él no se siente ya identificado. Estará entonces dividido entre la exigencia de autenticidad personal y de fidelidad a lo que hay de más vivo en la conciencia del hombre contemporáneo, por una parte, y la necesidad de anunciar el evangelio a aquéllos que sólo muy lentamente podrán pasar de una concepción infantil y primitiva de la religión a una captación del vigor nuevo del cristianismo, por otra. Será la nueva versión del "griego con los griegos, judíos con los judíos, todo a todos para ganarlos a todos". Tendrá la impresión dolorosa de un descuartizamiento. Y no logrará la paz y la autenticidad sino mirando nuevamente en la fe a Aquél que, a través de muchas tribulaciones, dio su vida por sus hermanos.

(15) *Constitución sobre la Iglesia*, N° 32.